

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Patrick Modiano

# Joyita

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
La Petite Bijou  
© Éditions Gallimard  
París, 2001

*Ilustración:* «Tabac de nuit. Place Falguière», foto © Ministère  
de la Culture - Médiathèque du Patrimoine, Dist. RMN -  
Grand Palais / Boris Marcel

*Primera edición: junio 2017*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A  
© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2017  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7988-9  
Depósito Legal: B. 10751-2017

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla  
08750 Molins de Rei

*Para Zina      Para Marie*

Todos los personajes de este libro son imaginarios y en ningún caso se pueden identificar con personas que hayan existido.

Habían pasado alrededor de doce años desde que ya no me llamaban «Joyita» y estaba, en hora punta, en la estación de metro de Châtelet. Me hallaba entre el gentío que discurría por el pasillo sin fin en la cinta mecánica. Una mujer llevaba un abrigo amarillo. El color del abrigo me había llamado la atención y la veía de espaldas en la cinta mecánica. Luego seguía por el pasillo donde ponía «Dirección Château-de-Vincennes». Ahora estábamos quietos, apretados, amontonados, en las escaleras, a la espera de que se abriera la puerta de acceso al andén. Entonces le vi la cara. El parecido de esa cara con la de mi madre era tan llamativo que creí que era ella.

Me había vuelto a la memoria una foto, una de las pocas fotos que conservo de mi madre. Tiene la cara iluminada como si un foco la hubiera

sacado de la oscuridad. Siempre me he sentido molesta al mirar esa foto. En mis sueños era siempre una foto antropométrica que alguien me alargaba –un comisario de policía, un empleado del depósito de cadáveres– para que pudiera identificar a esa persona. Pero yo me quedaba callada. No sabía nada de ella.

La mujer se sentó en uno de los bancos de la estación, apartada de los demás, que se agolpaban al filo del andén esperando el metro. No había ningún sitio libre en el banco, a su lado, y yo estaba de pie, algo más atrás, apoyada en una máquina expendedora. No cabía duda de que el corte del abrigo había sido elegante tiempo atrás y de que el color vivo le aportaba un toque de fantasía. Pero el amarillo se había ido apagando y se había vuelto casi gris. La mujer parecía hacer caso omiso de todo cuanto la rodeaba y me pregunté si se iba a quedar ahí, en ese banco, hasta la hora del último metro. El mismo perfil que mi madre, la nariz tan peculiar, algo respingona. Los mismos ojos claros. La misma frente despejada. Llevaba el pelo más corto. No, no había cambiado mucho. Ya no tenía el pelo tan rubio, pero, bien pensado, no sabía si mi madre había sido rubia de verdad. Un pliegue amargo le contraía los labios. Estaba segura de que era ella.

Dejó pasar un metro. Por unos segundos el andén se quedó vacío. Me senté en el banco a su lado. Luego una muchedumbre compacta volvió a invadir el andén. Habría podido entablar conversación. No daba con las palabras y teníamos demasiada gente alrededor.

Se iba a quedar dormida en el banco, pero, cuando el ruido del metro no era aún más que un temblor lejano, se puso de pie. Me metí en el vagón detrás de ella. Nos separaba un grupo de hombres que hablaban muy alto entre sí. Se cerraron las puertas y entonces fue cuando pensé que yo tendría que haber cogido el metro, como solía, en dirección contraria. En la estación siguiente, la oleada de los que salían me empujó hasta el andén, luego volví a subir al vagón y me acerqué a ella.

En esa luz cruda parecía mucho más vieja que en el andén. Una cicatriz le cruzaba la sien izquierda y parte de la mejilla. ¿Qué edad podría tener? ¿Alrededor de los cincuenta? ¿Y qué edad en las fotos? ¿Veinticinco años? La mirada era igual que a los veinticinco años, clara, expresando asombro o un temor inconcreto, y se volvía dura de pronto. La posó en mí por casualidad, pero no me veía. Se sacó del bolsillo del abrigo una polvera y la abrió, se arrimó el espejo a la cara y se pasaba el meñique de la mano izquierda por la comisura del párpado,

como si quisiera sacarse una mota de polvo de un ojo. El metro iba cogiendo velocidad, traqueteó, me agarré a la barra metálica, pero ella no perdió el equilibrio. Seguía impasible, mirándose en la polvera. En Bastille, consiguió subirse todo el mundo y las puertas se cerraron con dificultad. Le había dado tiempo a guardar la polvera antes de que los demás se agolpasen en el vagón. ¿En qué estación se bajaría? ¿Iba yo a seguirla hasta el final? ¿Era realmente necesario? ¿Sería preciso hacerse a la idea de que vivía en la misma ciudad que yo? Me habían dicho que había muerto hacía mucho, en Marruecos, y nunca había intentado saber más. «Había muerto en Marruecos», una de esas frases que datan de la infancia y cuyo sentido no se entiende del todo. De frases así sólo se nos queda en la memoria la sonoridad, igual que sucede con las letras de algunas canciones que me daban miedo. «Había una vez un barquito...» «Había muerto en Marruecos.»

En mi partida de nacimiento se mencionaba la fecha de nacimiento de ella: 1917, y, en la época de las fotos, aseguraba que tenía veinticinco años. Pero ya había debido de hacer trampa con la edad y falsificar la documentación para quitarse años. Se subió el cuello del abrigo como si tuviera frío en ese vagón donde sin embargo íbamos ape-



lotonados. Vi que la tira del cuello estaba completamente tazada. ¿Desde cuándo llevaba ese abrigo? ¿Desde la época de las fotos? Por eso estaba tan apagado el amarillo. Llegaríamos al final de la línea y allí un autobús nos llevaría a un extrarradio lejano. En ese momento le dirigiría la palabra. Pasada la estación de Lyon, había ya menos gente en el vagón. Volvía a posar la mirada en mí, pero era esa mirada que los viajeros cruzan maquinalmente. «¿Se acuerda de que me llamaban Joyita? Usted también, por entonces, usaba un apellido falso. E incluso un nombre falso, que era Sonia.»

Ahora estábamos sentadas una enfrente de otra en los asientos corridos más cercanos a la puerta. «Intenté encontrarla en la guía e incluso llamé por teléfono a cuatro o cinco personas que tenían su mismo apellido, el de verdad, pero nunca habían oído hablar de usted. Me decía a mí misma que llegaría un día en que tendría que ir a Marruecos. Era la única forma de comprobar si efectivamente había muerto.»

Pasada la estación de Nation, el vagón se quedó vacío, pero ella seguía sentada enfrente de mí, en el asiento corrido, con las manos juntas y las muñecas asomándole de las mangas del abrigo grisáceo. Unas manos desnudas, sin ninguna sortija, sin ninguna pulsera, unas manos con grietas.

En las fotos llevaba pulseras y sortijas, joyas macizas, como eran por entonces las joyas. Pero ahora se acabó. Había cerrado los ojos. Tres estaciones más y se acababa la línea. El metro se detendría en Château-de-Vincennes y yo me levantaría lo más silenciosamente posible y saldría del vagón, dejándola dormida en el asiento. Cogería el otro metro, en dirección a Neuilly, igual que habría hecho si no me hubiera llamado la atención aquel abrigo amarillo, hacía un rato, por el pasillo.

El metro se detuvo despacio en la estación de Béroult. Ella había abierto los ojos, que recobraban el destello de dureza. Le echó una mirada al andén y luego se puso de pie. Otra vez iba siguiéndola por el pasillo, pero ahora estábamos solas. Entonces me fijé en que llevaba esas zapatillas calcetín de punto que se llamaban *panchos*, y con ellas se le acentuaban más los andares de antigua bailarina.

Una avenida ancha, flanqueada de edificios, en la linde entre Vincennes y Saint-Mandé. Caía la noche. Cruzó la avenida y se metió en una cabina telefónica. Dejé que el semáforo se pusiera en rojo y en verde varias veces y crucé yo también. En la cabina telefónica le costó un rato dar con unas monedas o con una ficha. Hice como que me tenía absorta el escaparate del comercio más próximo a la cabina, una farmacia que tenía en la fachada ese

cartel que me asustaba de pequeña: el diablo echando fuego por la boca. Me volví. Estaba marcando un número despacio, como si fuera la primera vez. Sujetaba al auricular, pegado a la oreja, con las dos manos. Pero no le cogían el teléfono. Colgó, se sacó de uno de los bolsillos del abrigo un trozo de papel y, mientras giraba el disco con el dedo, no apartaba la vista del trozo de papel. Entonces fue cuando me pregunté si tendría un domicilio en alguna parte.

Esta vez alguien le había contestado. Detrás del cristal, movía los labios. Seguía agarrando el auricular con las dos manos y, de vez en cuando, asentía con la cabeza como para concentrarse más. Por los movimientos de los labios, hablaba cada vez más alto, pero esa vehemencia acababa por calmarse. ¿A quién estaría llamando? Entre las pocas cosas que me quedaban de ella, en la caja metálica de galletas, una agenda y una libreta de direcciones databan de la época de las fotos, de esa época en que me llamaban Joyita. De más joven, nunca me entraba la curiosidad de mirar ni esa agenda ni esa libreta, pero desde hacía una temporada pasaba las páginas por las noches. Nombres. Números de teléfono. Sabía perfectamente que era inútil marcarlos. Por lo demás, no me apetecía.